

ALEMANIA, el país imprescindible

Breve manual español de animadvertencias y querencias

DECLARACIÓN DE INTENCIONES

Este libro está escrito desde la tierra más fértil del mundo, la de las fronteras. La frontera entre el periodista y el académico, la frontera entre la tesis doctoral y la panadería, y la frontera entre España y Alemania.

Nada le gusta más a un periodista internacional que ser halcón: desde lo alto encontrar patrones en los hechos cotidianos que expliquen una historia, que le den coherencia, sobre todo si nadie ha sido capaz de distinguirlos antes. Entonces el periodista se siente útil y válido, descubridor. Y sin embargo yo aquí soy también urraca: estoy a pie de calle y atesoro todo aquello que considero valioso para sumar, contrastar y deducir.

Aunque además está de moda, Alemania es hoy un país imprescindible. Su fortaleza diplomática, política y económica coincide con la debilidad de casi todos los demás en Europa y con el desinterés creciente de Estados Unidos por solucionar los problemas de los europeos. Cuando los demás escarban el fondo del monedero, Alemania ahorra y presta. Cuando los demás tosen, miran hacia otro lado o no se les oye, Alemania permanece como el interlocutor más creíble de la mesa. Tiene la casa barrida y saca la escoba fuera. Y es mejor entenderlos porque este no es un fenómeno efímero: Alemania está aquí para quedarse.

Las experiencias que tienes al principio de tu vida en un país, pueden no ser las más agradables, pero son las más luminosas. Son las grietas que toman forma al juntar las dos placas tectónicas, la de tu cultura y la del país al que vas. Esas grietas nos definen. Luego las placas se funden y más o menos te integras, o no dejan de rozarse y chocas por casi todo. Ambas cosas te impiden ya tener una mirada virgen. En mi caso, no conservé mi primera visión de otros países en los que viví y, en retrospectiva, me gustaría haberlo hecho. Con este libro recogí las de Alemania.

Parafraseando al corresponsal español en Alemania de principios del siglo XX, Julio Camba, no creo ser la menos alemana de los españoles, ni la más española tampoco. Pertenezco a una generación a la que se nos convenció de que éramos europeos, de que éramos ciudadanos del mundo, ni mejores ni peores que otros, y que este se globalizaba.

Vaya por delante que hasta que me mudé aquí en 2012 nunca había tenido interés por Alemania y que, de hecho, era uno de los pueblos que menos atractivos me parecía. "Si tengo que aprender otro idioma, será chino o árabe, pero nunca alemán", más de uno me habrá oído decir. Esto, que entiendo que pueda atribuirse a la ignorancia (yo lo atribuí a la necesidad de dormir y comer: a algo tienes que renunciar), lo he querido tomar desde el principio de esta aventura como una ventaja. Me enfrenté a Alemania con la mente casi en blanco, con muy pocas nociones y con la modestia de

saber que, en su mayoría, eran forzadas por el cine, la televisión y unas cuantas clases de historia. No hablaba alemán, no sabía casi nada de lo que había pasado entre los Habsburgo y Otto von Bismarck, o entre Bismarck y Adolf Hitler, y de ahí mi mente saltaba sin apurarse varias décadas hasta la reunificación alemana en 1990. Todo lo he ido descubriendo (sí, inevitablemente con el filtro que dan años de periodista y de trabajar en política internacional, pero) casi sin condicionantes. Cada idea buscaba su lugar en mi cabeza con alto grado de libertad.

No pretendo descubrir ningún elemento puro, ni siquiera aspiro a reconocerlo, sino que me conformo con provocar el cuestionamiento de prejuicios y un mejor entendimiento. Si puedo ayudar a que tu aterrizaje en Alemania (o en España) sea más fácil, objetivo alcanzado. Si contribuyo en algo a que entiendas mejor los porqués de un alemán (o de un español), misión cumplida. Y si solo satisfago en parte tu curiosidad sobre un pueblo sólido y que ha dejado su huella en la historia de la humanidad, me doy por satisfecha.

El país de la construcción

"Si hay algo que sabemos hacer los alemanes, es construir", me dijo un ingeniero de Caminos desde el exterior de las obras del inagotable aeropuerto nuevo de Berlín cuando le pregunté por el daño del caso Volkswagen en el orgullo patrio. La automotriz fue denunciada por alterar el *software* en el interior de sus vehículos diesel para aparentar una baja emisión de gases. "Tenemos fallos, por supuesto. De gestión, puede ser. De comunicación y coordinación sobre todo. Pero nadie en el mundo construye como nosotros", decía mientras se deleitaba con la vista de las grúas y el cemento armado del aeropuerto que ha sufrido varios años de retraso en su inauguración.

Alemania es un gran país, en el sentido físico (uno de los más extensos y poblados de Europa), económico (una de las economías más fuertes del planeta) y metafórico de la palabra (los premios Nobel antes de la Segunda Guerra Mundial eran sobre todo alemanes). Te pueden caer más o menos simpáticos, pero es innegable que estamos hablando de un pueblo estructurado, que funciona. Y que construye desde que sabe andar.

Hace casi doscientos años que los alemanes empezaron a pensar en la educación infantil y en sus *kindergarten*. En 1840 Friedrich Wilhelm August Fröbel fundó el primero en la región de Turingia y desarrolló toda una filosofía del juego de los niños que pervive en la educación alemana. Para sustentar esta filosofía diseñó una hoja de ruta sobre los juguetes que se le debían presentar al niño, todos ellos de madera: primero una esfera; luego un cubo; tercero un cubo formado por cubos más pequeños ordenados en una caja. "Es además una buena forma de mantener las cosas en su sitio: la caja se puede cerrar solo si los ladrillos se unen ordenadamente otra vez". Así se creó el principio del buen orden y el encaje, que aún pervive incluso en las versiones más sofisticadas de estos

juguetes.

Esta forma de pensar fluye por las venas de la mentalidad alemana. Según estadísticas oficiales de la empresa juguetera danesa LEGO, cada habitante del planeta tiene de media 75 bloques de esta marca. Si bien quizás en Mali esa cifra es muy inferior o hasta negativa, si esto fuese posible, los más de 80 millones de alemanes compensan de sobra. No conozco juegos más populares entre los niños alemanes que los de la construcción.

En el museo del juguete de Núremberg, ciudad con una de las ferias del sector más importantes del mundo, tienen una explicación para el éxito de lo que definen como "el juguete del siglo": las piezas de LEGO llegan a las guarderías y las casas alemanas en 1955, en plena efervescencia de la reconstrucción del país tras la Segunda Guerra Mundial. Al mismo tiempo que las grúas y los ladrillos pueblan las calles de Dresde o Stuttgart, también comienzan a ocupar la imaginación de los niños alemanes. Esto son los padres y abuelos que hoy salen con bolsas de las jugueterías y marcan la casilla en las tiendas *online*.

Por supuesto que no hay diferencias en blanco y negro entre alemanes y españoles. Hay españoles muy "cabeza cuadrada" y alemanes muy "arrebataos". Pero está claro que cuando un español se muda a Alemania le llaman la atención ciertas cosas; e imagino que al revés. Como dicen por aquí: "Immer dasselbe, nur etwas anders". Las mismas cosas, solo que distintas.

No sé si fue por pasarme infinitas tardes tirada en la alfombra haciendo 'clic' con las construcciones de mis hijos a la par que el idioma alemán se construía en mi cabeza. Pero el caso es que mientras aprendía a ensamblar las "piezas" del alemán (verbos al final; masculino, femenino o neutro; preposiciones atómicamente precisas; etc), empecé a pensar que este idioma es como una construcción de bloques que encajan entre sí: estructurado, ordenado, canjeable, anguloso. El francés es al susurro lo que el alemán al 'clic' de este perfecto ensamblado. Y según iba conociendo más alemanes, leyendo, oyendo y viviendo, me fui dando cuenta de que la mentalidad alemana funciona también a base de encajes. Todo tiene un orden, un método, una razón. Sin esa pieza, no puedes seguir. Pero con esa pieza puedes estar seguro de que tu construcción funcionará y perdurará.

Todas las generalizaciones son absurdas, incluida ésta, que dijo Mark Twain. Siempre me ha llamado la atención cuando en el extranjero esperan que yo, que soy de Asturias, sepa bailar sevillanas o hacer una paella. Alemania también es poliédrica.

La palabra Alemania hace referencia a uno de los pueblos prerromanos, *Alamanis*, que englobaba a "todos los hombres" de varias tribus que vivían en esta región. En otros idiomas se usa la etimología que hace referencia a otra de estas tribus, los germanos. Esto, de partida, nos dice que es un país de pueblos diversos. Pero los alemanes adoptaron para sí mismos el nombre que los diferenciaba a

todos ellos de los romanos: ellos eran los otros, los que no hablaban latín, el pueblo o *diutisc / tiutsch* (de donde deriva el propio Deutschland), demarcando así su unidad en torno a su cultura, sus costumbres y sobre todo su lengua, no sobre un territorio.

Es en definitiva un país con el doble de habitantes que España, entre los que existen diferentes dialectos, niveles educativos y culturales, diversas ideologías y todo un abanico de pensamientos políticos, además de una gran diferenciación regional. Pero para poder comprender y pensar hay que generalizar.

En las páginas siguientes intentaré generalizar bien, de forma que lo escrito sea una aportación al entendimiento entre los dos países.

CAPÍTULO 1

Creatividad dentro de un orden: Cómo se ven

Al año de haberme mudado a Alemania fui a hacer una revisión al dentista. Me atendió un doctor que peinaba hacia atrás un pelo blanco demasiado largo. Tenía unos ojos azules del mismo color que las paredes y que todo el mobiliario de su clínica. Enseguida me dijo que su hija vivía en Mallorca y que la visitaba con frecuencia. Primero intentó, tengo que decir que atragantadamente, unas palabras en español, y luego pasó a inspeccionar mi boca. Agradecí que fuera un dentista y no un peluquero porque la conversación empezaba a caer en tópicos incómodos. Aunque el mejor lo dejó para el final.

"No veo que tenga usted ningún problema", me dijo, mientras la asistente colgaba un tubo de succión de mi boca para comenzar a hacerme una limpieza. Intenté sonreír.

"No hay caries ni nada estropeado. Bueno, ningún problema serio, quiero decir. Porque, los empastes que tiene... Se los hizo en España, ¿verdad? Es que aquí... los estándares son otros". Soltó una breve carcajadita. "Muchas cosas de las que pasan hoy en Europa se explican por eso", añadió.

Al intentar responderle, el succionador tiró de mi labio inferior y un chorro de baba y agua corrió barbilla abajo hasta mi blusa mientras el enojo trepaba por mis mejillas. "¿Qué es lo que me acaba de decir exactamente?", me pregunté.

¿Qué es "Bien"?

Esta microconversación fue una cuerda con la que me he tropezado luego frecuentemente. Los alemanes trabajan bien. El problema es cuando creen que solo ellos trabajan bien y/o solo es aceptable su definición de 'bien'. En la pirámide de la corrección, ellos reclaman la parte superior. Lo que pasa es que el resto no ve la pirámide.

Los germanos piensan mucho, hay quien ha dicho que a veces demasiado y, generalmente y salvo excepciones clamorosas, con éxito. Y lo saben. Se consideran "el país de las ideas". Así lo publicitan en la página oficial del Ministerio de Exteriores que ofrece información sobre el país. Pero ya en 1807, antes de que existiera Alemania como tal, la pensadora Anne-Marie Germaine Staël llamó a Prusia y a los estados germanos "el país del pensamiento" y de la independencia del pensamiento.

Si las ideas fuesen algo realmente cuantificable y medianamente clasificable (buenas, mediocres, malas... horrorosas), sin duda Alemania ha sido la cuna de infinidad de buenas ideas, además de alguna de las más terribles. Este es hoy el tercer país del mundo con más premios Nobel, por detrás de Estados Unidos y el Reino Unido y, como ya he mencionado, era el primero antes de la sangría

causada por la Segunda Guerra Mundial. De los 80 galardonados alemanes, 68 lo son por su labor de investigación científica. Gran parte de la filosofía moderna tiene raíces alemanas y la universidad avanzada actual, concebida como un punto de comunión entre profesores y alumnos, donde se piensa, se debate y se investiga, es un concepto alemán. En ningún sitio del mundo se reverencia más la palabra *Professor*, cargo para el cual tienes que superar una segunda y larga tesis doctoral (eso sí: luego quedas tocado con el dedo de Dios y no hay quien te tosa).

Lo mejor de todo para ellos respecto a este papel de "pensadores" es que se lo creen y actúan en consecuencia. Las empresas alemanas, que están entre las mayores del mundo, se mantienen en vanguardia con centros de investigación propia de los que salen, no solo productos innovadores (desde silenciosas lavadoras que puedes poner al lado de un bebé dormido a asientos de coches semi-biónicos, que se adaptan al cuerpo del pasajero), sino toda una red de aprendices, cuidados por la empresa y orgullosos de su saber hacer. Bloque a bloque, la factoría alemana construye parte de la sociedad: absorbe a los chicos que salen de la formación profesional y tiene un plan para que se integren en el tejido industrial casi de forma automática. Y por supuesto, estructurada.

El juego de construcción pretende desarrollar la creatividad, pero no todo vale: hay que pensar y seguir unas reglas básicas. Las piezas no encajan de canto o torcidas. Pero una vez defines qué quieres hacer, solo tienes que pensar cómo llegar allí con las piezas de las que dispones. O como dijo uno de los grandes cerebros alemanes, Albert Einstein: "Primero tienes que aprender las reglas del juego. Y entonces jugar mejor que nadie".

Quizá alguien en Alemania estaba pensando en esto cuando consiguieron traer a Múnich al señor con el sello que prueba que la idea es original y es tuya: la sede principal de la Oficina Europea de Patentes, creada a partir de una convención firmada en esta ciudad bávara en 1973. Tiene sentido entonces que en "The Office", como se autodenomina esta institución, el alemán sea, junto con el inglés y el francés, idioma oficial.

No sé qué fue antes, si el huevo o la gallina, pero el caso es que hoy Alemania lidera el número de patentes europeas y es el segundo país del mundo solo por detrás de Estados Unidos y por delante de Japón.

En un país en el que está protocolizado cuando es correcto tutear a alguien, el margen de improvisación se limita y la norma se prioriza. Y esto les gusta: les da seguridad sobre lo que está bien y lo que está mal, y así se pueden centrar en pensar y en trabajar.

Viendo una serie policíaca alemana en televisión con unos amigos de Nuremberg, me llamó la atención que el policía tratase de usted al asesino con el que acababa de pelearse a puñetazo limpio y al que estaba intentando convencer de que no se suicidase. "Señor Schwarz, piénselo dos veces. Espere", le decía, solo minutos después de haberle llamado idiota o gilipollas en medio de la pelea

y mientras le apuntaba con una pistola. "Pero es lo correcto. No son amigos", me contestó mi amigo, sin entender mis dudas. Vamos, que le puede machacar a golpes o disparar, pero no saltarse el protocolo y tratarlo de tú.

Se gustan más

Listas de patentes, lista de premios Nobel, paro en mínimos, alto crecimiento económico, varias ciudades en las listas de calidad de vida,... Las cifras están ahí, les dan la razón y contribuyen a levantar un espejo en el que los alemanes se miran y, después de largas y oscuras décadas de autocuestionamiento, empiezan a gustarse. Y lo que tiene una carga de mayor profundidad: comienzan a estar cansados de pedir disculpas por la destrucción causada durante la Segunda Guerra Mundial. Para mí ésta es la primera parte del cambio que experimenta ahora su identidad nacional.

Esta idea se la planteé a una amiga pintora un día mientras nos tomábamos un café. Parapetada detrás de una gran taza pareció sentir la confianza necesaria para decirme lo que pensaba: "Ahora todo el mundo dice que Berlín está genial, que tiene un gran vida cultural, que es una ciudad abierta, multicultural, creativa, vibrante... Esta ciudad siempre fue vibrante, siempre fue 'cool'. Lo que pasa es que Berlín está en Alemania y hasta hace bien poco nada alemán era 'cool'", me dijo sentada en el aula de una antigua escuela judía para niñas en Berlín Este. Donde las niñas aprendían matemáticas, ahora hay una cafetería con gruesos bocadillos, sopas y tartas, y con música de los ochenta de fondo.

Las niñas de esa escuela primero fueron marginadas y separadas, y luego expulsadas con sus familias a campos de concentración. Intenté no ver las caras infantiles reflejadas en los azulejos verdes esmaltados de las paredes y centrarme. "Yo misma soy sueco-alemana, mi padre es sueco y mi madre alemana, hablo los dos idiomas indistintamente y he vivido en los dos países. No puedo decir que soy más una cosa que la otra. Pero hasta hace poco, cuando he vivido fuera, siempre he dicho que soy sueca. Ser alemana era... más complicado".

Sin embargo, ahora mi amiga expone sus cuadros como pintora alemana porque hoy es en Berlín donde se siente verdaderamente en casa. Mientras vamos en bicicletas de alquiler hacia el monumento por las víctimas gitanas del Holocausto, le pregunto cuántos de estos monumentos "de recuerdo" hay en Alemania.

"No sé, la verdad. A veces te diría que demasiados. Fueron doce años de Tercer Reich (1933-1945) y, sin intentar quitarle el más mínimo ápice de importancia al horror que eso supuso, ni defender de ninguna forma el olvido, quizás es hora ya de... avanzar. Muy bien, hemos pedido perdón, no debería volver a repetirse. Pero víctimas de esa locura fueron también los propios alemanes, incluso

los que tuvieron miedo. Fuimos nosotros: los expulsados, los desplazados para ocupar otras tierras, los muertos en la vergüenza, los que pensaban distinto, los enfrentados a sus vecinos... Los artistas e intelectuales tratados como locos".

Recordé que algunos de los pintores de los que había visto libros en su casa eran Wassily Kandinsky, Paul Klee, Marc Chagall o Max Beckmann, todos ellos sancionados por el régimen nazi por ser "artistas degenerados".

"Me gustaría que se tuvieran en cuenta otras cosas que mi país ha hecho antes y después de la Segunda Guerra Mundial, otras ideas, otros inventos,... No sé hasta cuándo tenemos que pedir perdón y por qué solo nosotros. Nosotros y quizás los japoneses. Pero hubo gobiernos austriacos, suecos, daneses... Y otros momentos terribles en la historia, el genocidio armenio, las matanzas soviéticas... ¿Han pedido perdón otros países por sus respectivos pecados? ¿Conocemos realmente esos pecados?", decía mientras bajaba el ritmo de la marcha en la bici.

Lo cierto es que al llegar al monumento, una fuente circular rodeada de baldosas de piedra, mi amiga pareció recogerse en su silencio y en cierta medida pedir perdón.

Recordé entonces que la canciller Angela Merkel, al inaugurar el monumento en 2012, dijo que era el símbolo de un "duelo infinito".

No fue hasta 1999 que Alemania se atrevió a enviar tropas a otro país, en la intervención internacional en Kosovo, y aun así sus contingentes militares en el exterior son siempre inferiores a su peso como país en las instituciones de defensa en las que participa. Como veremos más adelante, a menudo en la esfera internacional, Alemania se encuentra entre la espada de los que le piden que lidere, acorde a su tamaño económico y geográfico, y la pared de los que entran en pánico ante cualquier atisbo de mando alemán. Pero es verdad que a pie de calle hay vientos de algo nuevo, una cierta normalización de Alemania como país, aunque sea en pequeños símbolos.

Recientemente, con forma esférica. Es en el mundial de fútbol de 2006, que se juega en Alemania, cuando por primera vez desde el final de la Segunda Guerra Mundial los germanos sacan su bandera a la calle sin complejos. En ese mundial Italia gana a Francia en la tanda penaltis y Alemania queda tercera tras derrotar a Portugal. Un brillante tercer puesto.

Pero ocho años más tarde, los alemanes reciben otra inyección de orgullo patrio. Mientras se desarrollaba el mundial de fútbol de Brasil en 2014, numerosos coches llevaban en las ventanillas y en los retrovisores exteriores los colores de la bandera alemana. En los colegios se explicaba el mundial y el desarrollo de la competición y se seguían los resultados. Los niños intercambiaban cromos en el recreo y en la calle y las caras más buscadas eran las de los arietes alemanes.

Cuando Alemania finalmente ganó el campeonato, las banderas se multiplicaron y permanecieron expuestas durante meses, en lo que muchos interpretaron como un despertar: por fin se superaban

definitivamente en la nueva generación sombras derrotistas, de culpa y autocuestionamiento posteriores a la Segunda Guerra Mundial y a la reunificación, y todo el país se unía detrás de su selección y de su bandera. Una bandera cansada de herencias, que deja el equipaje en el desván y sale a la calle con ánimo de arropar a uno de los mejores equipos de fútbol del mundo. Las cifras nuevamente les dieron la razón: Alemania 1 - Argentina 0. Era la cuarta estrella en la camiseta alemana, a tan solo un mundial del gran gigante, Brasil.

"Si tienes en cuenta cómo estaban hace sesenta años y cómo están ahora, solo puede darte envidia", me dijo un día Manuel Gómez, un politólogo madrileño que daba clases en la universidad Ludwig Maximilian de Múnich.

"En Postdam (la conferencia que reorganiza el mundo en 1945) se reduce y divide Alemania, quitándole todo el terreno de ultramar y poniendo su gestión como país en manos de otros. Se fuerza el cierre de fábricas, se le prohíbe producir esto o aquello, se le imponen pagos de resarcimiento... Los propios alemanes habían perdido cinco millones de personas en la guerra y una sangría de quince millones de desplazados, incluidas algunas de las mentes más brillantes, que se refugiaron en su mayoría en el Reino Unido, Francia y, sobre todo, en Estados Unidos".

Ese renacimiento posterior es lo que se llama el "milagro alemán": hoy ésta es la tercera potencia mundial, la mayor de Europa, superando incluso a los que le ganaron la guerra.

Círculo virtuoso

Los alemanes están orgullosos del *Made in Germany*. Trabajan bien pero, además, repito, se lo creen, por lo que tienen un círculo virtuoso. Piensan sin ningún tipo de complejos, ni siquiera de falso orgullo, que el coche alemán, la lavadora alemana o la bombilla de fabricación nacional durará más que cualquier otra. La máquina alemana funciona mejor, es la que quieren, es la que producen y es la que compran.

El caso del automóvil merece mención aparte porque vertebra la identidad del país y fue crucial en la reconstrucción económica alemana. Un alemán adora a su coche: lo lava religiosamente, lo lleva solo a los mejores talleres y no deja que nadie lo toque. La central de exposición y ventas de BMW en Múnich es un cruce de pasarela de alta costura, local *chill-out* y concesionario de coches. Una lista de los mejores coches del mundo se convierte rápidamente en una lista de fabricantes alemanes y en ningún sitio del mundo está el coche más lejos de ser un medio: en Alemania es un fin.

Es conocido mundialmente que aquí no hay límite de velocidad en las autopistas y les gusta usarlo. Pero los problemas con la contaminación que causan estos potentes coches y los escándalos recientes sobre la fiabilidad de la ingeniería que los compone, así como un lento pero progresivo cambio de mentalidad sobre la necesidad de poseer (en vez de alquilar) un utilitario, se avistan en el

horizonte como catalizadores de un cambio en la todavía industria rey. Eso sí: será un cambio de un producto alemán a otro.

Las primeras semanas de mi mudanza a Alemania me las pasé, como es habitual en estos casos, abriendo cajas llenas y desmontando cajas vacías (que luego tenía que llevar ordenadamente y por partes a reciclar; nada de llenar el contenedor yo sola, me advirtió una vecina). Cuando por fin la casa empezó a tomar forma, me di cuenta de que me faltaban algunas cosas, una licuadora, bombillas, alargadores... Y con las mismas me dirigí a una gran superficie para hacer estas compras. Lo primero que me llamó la atención al perderme por los pasillos dedicados al pequeño electrodoméstico era la serpiente de pegatinas tricolores que decoraba la mayoría de los aparatos: círculos amarillos, negros y rojos con la frase en inglés *Made in Germany*. Así, con presunción y altivez. Un "hecho aquí" como alarde de patriotismo, quizás, pero sobre todo como garantía de calidad.

Me hizo pensar en mi compra previa a la mudanza, aún en España, donde en otra gran superficie, esta vez en Asturias, era difícil encontrar algo que no fuese hecho en China, y ya la reoca, echar en el carro algo *Made in Spain*; recuerdo que elegí una olla exprés de Fagor solo por esa razón.

Más adelante descubrí que esa pegatina tricolor está valorada en unos 200.000 millones de euros. "Estos productos *Made in Germany* no son solo sinónimo de unos estándares técnicos avanzados, de una mano de obra superior o de calidad de primer nivel. Son también el símbolo de la nación alemana", dijo el directivo chino Zhou Jianxiong a la revista *Beijing Review*.

Por supuesto que, en cuanto pedí consejo al dependiente alemán entre una licuadora u otra, enseguida me dijo que las tres mejores eran las tres de la balda superior, que justo a la vista del cliente sacaban pecho brillantes y pulidas para lucir su colorida pegatina. Dudo que un dependiente español pudiese hacer lo mismo, darme a elegir entre tres licuadoras nacionales.

Esta anécdota también me recuerda el día que tuve que llamar a un fontanero para cambiar un grifo del fregadero. El hombre parecía muy dispuesto pero cuando llegó y vio que mi cocina no estaba fabricada por una de las marcas alemanas (nunca hasta entonces me di cuenta de que había tantas), se mostró decepcionado con el encargo y le tuve que convencer para que hiciera el trabajo: parecía no querer poner su manos en lo que consideraba una cocina "poco fiable, una de esas cocinas baratas suecas".

Pero este narcisismo no ha existido siempre. En 1871, cuando los alemanes se unen y se replantean su nación, se dan cuenta de que la mayor parte de las formas de producción están ocupadas por otros países: la fabricación de productos elaborados, las materias primas y los territorios coloniales. Se ponen entonces a pensar, a formarse, a organizarse y a trabajar para lograr un sistema industrial superior.

En 1871 el eje es Prusia y todo el sistema burocrático prusiano, con su marcado carácter militar y su orientación al método y la seguridad, se extienden por el país a través de sus élites. Se hacen alemanes los conceptos prusianos de orden (*Ordnung*), disciplina (*Disziplin*), sentido de la responsabilidad (*Verantwortungsbewusstsein*), obediencia (*Gehorsam*), sentido del deber (*Pflichtbewußtsein*), diligencia (*Fleiß*) y frugalidad (*Sparsamkeit*), que se osifican y dan cuerpo al nuevo país y que aún hoy son las vigas y columnas de esta sociedad. Estos valores se expanden además en un país mayoritariamente protestante, donde se cree en la responsabilidad personal por las acciones y la capacidad de marcar el destino de uno, sin la posibilidad de delegar en las circunstancias, en el otro o en el Todopoderoso. Queda así completa la ecuación por la cual obtenemos una sociedad en la que se valora el trabajo, el celo en el cumplimiento del deber, el esfuerzo, el autocontrol y la palabra dada. Quizás a veces en exceso.

El idioma como unión

Ha habido quien me ha dicho que no se es auténticamente alemán, pese a lo que diga el pasaporte, si no hablas correctamente alemán. Quizás está relacionado con la cantidad de veces que a lo largo de la historia este pueblo ha sufrido trasvases de población, bien sea de forma activa (inmigración/emigración/exilio) o porque se borraron las fronteras en el mapa y se dibujaron en otra parte. Te acuestas alemán y te levantas polaco, o al revés. El idioma alemán se convirtió en el punto de unión.

Sin duda, los alemanes están orgullosos de su lengua y no se toman a bien mis gestos espontáneos y no intencionados de incredulidad cuando me hablan desde el Ministerio de Exteriores del alemán como "un idioma atractivo", "un idioma internacional" y como "la lengua materna más hablada de la Unión Europea". Esto último es innegable: con más de ochenta millones de habitantes son el país más poblado de la Unión. Pero uno puede visitar, no sé, las ruinas de Machu Pichu o las pirámides de Egipto con un guía en español y tener en su grupo a personas de más de veinte países distintos y de al menos tres continentes, todos nativos. Con pocos idiomas pasa eso y el alemán no es uno de ellos.

Yo creo que esa forma de identidad compacta y sólida en torno a su idioma está cambiando y que ésta es la segunda parte del debate sobre identidad nacional: ¿qué es ser alemán? y ¿quién es alemán? Hace cincuenta años, los inmigrantes llegaban y nadie se ocupaba de su integración porque se esperaba que se marchasen al cabo de unos años. El jefe de la fábrica de bujías reñía por hablar turco y el trabajador se callaba y asentía. Había una firme defensa "del procedimiento": no había problema mientras trabajasen bien y pagasen sus impuestos, enviasen a sus hijos a la escuela y respetasen las reglas alemanas. Pero muchos no se fueron nunca. El hijo de ese trabajador

extranjero nació en Alemania, considera este su país, y a lo mejor quiere hablar alemán salpicado con turco e interpretar las reglas. Es alemán y es turco a la vez, y así lo expresa. "¿Sois italianos?", nos preguntó una vez una camarera que no llegaba a los treinta. "No, somos españoles. ¿Y tú? ¿Alemana?", dije. "Oh, no. Yo soy turca", contestó mientras apilaba platos en el brazo derecho. Había vivido sus 27 años en Alemania, su país de nacimiento, y ahorra para volver a Estambul por primera vez en siete años.

El caso es que hay muchos nuevos alemanes que no encajan con el prototipo de lo que tradicionalmente significa ser alemán. La unidad étnica quizás fue en un momento posible en Sajonia, o en otro de los *länderes* orientales, donde hubo una cierta uniformidad cuando Alemania quedó reducida a su mínima expresión después de la Segunda Guerra Mundial. Pero esa homogeneidad está hoy más que nunca lejos de formar parte de la Alemania real.

La comunidad empresarial y financiera sabe que para seguir siendo punteros necesita esa mano de obra extranjera y que quizás esos trabajadores, sobre todo los cualificados, no están dispuestos a vivir en un país de corte racista en el que el peso de la historia resulta asfixiante.

La nacionalidad alemana, que desde 1870 hasta hoy ha experimentado solo dos grandes modificaciones legales sustanciales (en 1914 y en 2000), se basa sobre todo en el "derecho de sangre" (tener ascendentes alemanes de forma continuada; no vale saltarse generaciones) y en mucho menor grado en el "derecho de suelo" (nacimiento dentro del territorio alemán; esto no garantiza la nacionalidad alemana). La normativa está llena de puntos, subpuntos y modificaciones no retroactivas: hasta 1975 los hijos legales solo adquirían la nacionalidad alemana por parte del padre. Los hijos ilegítimos hasta 1993, solo por parte de la madre. Desde 1970 casarse con un alemán no supone adquirir la nacionalidad, que además se puede perder en toda una serie de casos también especificados, incluidos adquirir otra nacionalidad, alistarse en un ejército extranjero o ser adoptado por padres de otro país.

Todas estas especificaciones y cadenas de apartados y subapartados a veces dejan pocos grises en un mundo cada vez más complejo, donde las personas se identifican con dos o tres países y con más de un idioma.

No hay mejor ejemplo de esta nueva Alemania que el buque insignia: la propia selección alemana de fútbol, donde Miroslav Klose (de origen polaco), Mesut Ozil (turco) y Sami Khedira (tunecino) ayudaron a convertir a Alemania en campeona del mundo. Saber colocar la preposición exacta con el adjetivo bien derivado en el lugar correcto de la frase es cada vez menos un signo de nacionalidad. Ser alemán comienza a no formar parte de una herencia. La propia visión que los alemanes tienen de sí mismos está cambiando.

De apio y gominolas.

Los alemanes son en general austeros y se gustan así. Hay quien relaciona esta sobriedad con el hecho de ser un país muy poblado (232 personas por kilómetro cuadrado, en comparación con 93 en España), con recursos naturales cuantificados y experiencia de penuria y escasez. El poema de Bertol Brecht *Satisfacciones* encapsula muy bien qué hace feliz a un alemán e ilustra este carácter.

La primera mirada por la ventana al despertarse

el viejo libro vuelto a encontrar

rostros entusiasmados

nieve, el cambio de las estaciones

el periódico

el perro

la dialéctica

ducharse, nadar

música antigua

zapatos cómodos

comprender

música nueva

escribir, plantar

viajar

cantar

ser amable.

Porque al alemán le gusta ser amable y cortés, aunque esto no incluya pagarte espontáneamente un café o preguntar por tu familia.

Una visita rápida a un parque ayuda a entender mejor el día a día de la austeridad y disciplina alemanas, de las que forman parte las hortalizas crudas. Las fiambreras infantiles están llenas de trozos de pimienta, apio y zanahoria. Al principio me sorprendía cuando las tarteras saltaban de esas bolsas inmensas en las que las mamás alemanas llevan de todo (palas, cubos, pelotas, toallitas, crema para el sol, crema para los insectos, gorros, pantalones de plástico para el agua, botas de goma...) Se abrían, ¡pop!, y dejaban relucir al sol estirados trozos verdes, rojos y naranjas de verduras crudas. Los niños como conejitos mordían felices. Mientras, las dos mamás españolas sacábamos nuestro paquete de galletas o nuestro bocadillo de salchichón en papel de plata, mucho menos colorido. "Mucho menos sano", me espetó un día una mamá descalza. Verla en mitad del

parque con la cara blanca de crema solar, rodeada de churumbeles y juguetes para la arena, era imaginársela en una playa de Málaga hecha un cangrejo.

Lo cierto es que en 2008 se facturaron en Alemania 5.800 millones de euros con alimentos ecológicos, donde una parte importante de los alemanes encuentran el cruce perfecto entre el deleite y la responsabilidad, entre mantener un estilo de vida en el que les gusta comer y apoyar la agricultura local y la buena conciencia. En los supermercados, donde lo habitual es llevar tus propias bolsas, no hay secciones "orgánicas" salvo quizás en la frutería porque los productos *bio* están perfectamente integrados en la compra habitual o porque todo el supermercado es ecológico.

El complejo de comer menos sano o de alimentar mal a mis hijos se me pasó rápido. Primero, porque descubrí que el concepto de "supermercado descuento" o dónde comprar la comida más barata posible se creó en Alemania. Las hemerotecas alemanas están plagadas de casos de investigación periodística sobre los oscuros pasadizos para llegar al producto más competitivo posible: carne rancia maquillada, restos de pesticidas en las frutas, productos orgánicos que no lo son y huevos de gallinas mal alimentadas, entre otros.

También ayudaron mis primeras visitas a la farmacia, a la tintorería y otros comercios del barrio. Casi no había tienda en la que entrase con los niños que no les sacaran una bolsa de ositos de gominola, chuchería de origen alemán y que parece haber recibido una bula papal y pasa por ser fruta. El oso de gominola es omnipresente en la infancia germana, bien sea ingerido antes o después de la carne biológica, el pan de centeno o el pepino. Y esto me ha hecho preguntarme muchas veces si no es ésa la primera clave que recibe un niño aquí de que lo importante es que forme parte de un protocolo. Si está normalizado, se puede. Si no, no.

Por eso, en este país es difícil encontrar a alguien que cruce un semáforo en rojo, incluso en medio de un pueblo en una carretera solitaria. Esto es práctico a la hora de que el país funcione. Pero, claro, llevado al extremo, ese respeto por la norma hizo que no se cuestionase la privación de derechos de los judíos alemanes en virtud de las leyes racistas de Núremberg en 1935: se le recortaba el huerto, la casa o el salario al vecino judío pero era legal. Los disturbios violentos sí estuvieron mal vistos, como los de la "noche de los cristales rotos", pero por ejemplo la determinación de razas inferiores (dañinas para la superior raza alemana) o la arización de las propiedades judías (una enorme redistribución patrimonial) estuvieron dentro de la norma y no suscitó oposición popular.

En aquel sillón azul del dentista de primer invierno en Alemania, las omnipresentes gominolas no habían entrado todavía en mi universo y yo ignoraba la pirámide normativa alemana.

"Tumbese, por favor. Esté tranquila no voy a hacerle daño", me dijo la asistente mientras el dentista se marchaba immaculado, melenilla plateada al viento. "¿De qué estándares me está hablando?", me

preguntaba, mientras hacía un repaso mental de la nacionalidad de mis empastes. Por cierto: la mayoría son *made* fuera de *Spain*.